

# L'OSSERVATORE ROMANO

EDICIÓN SEMANAL  EN LENGUA ESPAÑOLA

*Unicuique suum Non praevalerunt*

Año LI, número 16 (2.613)

Ciudad del Vaticano

19 de abril de 2019



## El valor de servir al otro

### Semana Santa en el Vaticano

*Francisco celebró el Jueves Santo con los reclusos de una prisión romana. Allí lavó los pies a doce presos y celebró la Misa de la Cena del Señor. En su homilía destacó que «la fraternidad es humilde, siempre está al servicio». Y añadió: «Esta es la regla de Jesús: la regla del servicio, no de la dominación, de hacer el mal, de humillar a los demás».*

## Por Notre-Dame

*Publicamos a continuación el mensaje que envió Francisco el miércoles 16 al arzobispo de París el día después del incendio que devastó la catedral de Notre-Dame.*

S.E. Mons. Michel Aupetit  
Arzobispo de París

Tras el incendio que ha devastado gran parte de la catedral de Notre-Dame, me uno a su tristeza, así como a la de los fieles de su diócesis, a de los habitantes de París y a la de todos los franceses. En estos Días Santos, donde recordamos la pasión de Jesús, su muerte y su resurrección, les aseguro mi cercanía espiritual y mi oración. Esta catástrofe ha dañado gravemente un edificio histórico. Pero soy consciente de que también ha afectado a un símbolo nacional muy amado por los parisinos y por los franceses independientemente de sus creencias. Notre-Dame es la joya arquitectónica de una memoria colectiva, el lugar de encuentro de muchos eventos importantes, el testimonio de la fe y de la oración de los católicos en el seno de la ciudad. Al mismo tiempo que elogio el valor y el trabajo de los bomberos que intervinieron para reducir el incendio, expreso mis mejores votos para que la catedral de Notre-Dame vuelva a convertirse, gracias a los trabajos de reconstrucción y a la movilización de todos, en ese hermoso tesoro en el corazón de la ciudad, signo de la fe de quienes la edificaron, iglesia madre de su diócesis, patrimonio arquitectónico y espiritual de París, de Francia y de la humanidad. Con esta esperanza, le otorgo de todo corazón la bendición apostólica, así como a los obispos de Francia y a los fieles de su diócesis, e invoco la bendición de Dios para los habitantes de París y para todos los franceses.

FRANCISCUS PP.

# La semana del Papa

## Contra la trata

Se puede considerar la trata como «una mercantilización de la persona» y «una violación injustificable de la libertad y la dignidad de las víctimas». El Papa Francisco lo reiteró al recibir a los participantes de la conferencia internacional que se celebró en el Vaticano desde el 8 de abril por iniciativa de la sección migrantes y refugiados del Dicasterio para el servicio del desarrollo humano integral. Al reunirse con ellos en el jueves 11, al finalizar los trabajos, el Pontífice volvió a condenar con palabras fuertes la trata de personas, que en sus muchas formas, dijo, representa «una herida en el cuerpo de la humanidad contemporánea» y «una plaga profunda en la humanidad de quienes la padecen y de quienes la cometen». La trata, de hecho, explicó, «desfigura la humanidad de la víctima, ofendiendo su libertad y dignidad. Pero, al mismo tiempo, deshumaniza a quienes la realizan, negándoles el acceso a la «vida en abundancia». Además, «daña gravemente a la humanidad en su conjunto, destruyendo a la familia humana». Por este motivo, repitió el Papa, la trata «debe considerarse un crimen de lesa humanidad». Y «la misma gravedad, por analogía, debe atribuirse a todo el desprecio de la libertad y la dignidad de todo ser humano, sea un compatriota o un extranjero». Y añadió: «Cada uno de nosotros está creado para amar y cuidar al otro, y esto alcanza su culmen en el acto de donarse».

## Por la donación de órganos

La donación de órganos «responde a una necesidad social» y debe considerarse por ello un gesto «noble y meritorio», con la condición de que siga siendo «un acto gratuito y no retribuido» para evitar «toda forma de mercantilización del cuerpo o de

una parte suya». Lo dijo el Papa a los voluntarios de la Asociación italiana por la donación de órganos, tejidos y células (AIDO), recibidos en audiencia el sábado 13 de abril en la Sala Clementina. Según Francisco, «la donación significa mirar e ir más allá de uno mismo, más allá de las necesidades individuales y abrirse con generosidad hacia un bien más amplio». En esta perspectiva, subrayó, «se pone no solo como un

Liga nacional agrupa a más de doce mil sociedades de fútbol y cuenta con un millón de abonados y este año celebra su sexagésimo aniversario. El Papa Francisco también recordó a los representantes de este deporte, entre ellos muchos jóvenes, las repercusiones que tienen en sus vidas las rápidas transformaciones y los retos del contexto cultural y social contemporáneo que «nos llevan a correr sin parar, con una sucesión de estímu-



*Al inicio de la Semana Santa, el lunes 15, el Papa Francisco se dirigió al Monasterio Mater Ecclesiae, ubicado en el interior de los jardines del Vaticano, para saludar a Benedicto XVI y felicitarle la Pascua. Este encuentro también permitió al Pontífice expresar con especial afecto su saludo al Papa emérito, que el día 16 cumplió 92 años, tal y como informó el director interino de la Oficina de prensa de la Santa Sede, Alessandro Gisotti.*

acto de responsabilidad social, sino como expresión de la fraternidad universal». Es importante, por ello, «promover una cultura de la donación» que, a través de la información, la sensibilización y el compromiso «favorezca esta oferta de una parte del propio cuerpo, sin riesgo o consecuencias desproporcionadas, en la donación en vida y de todos los órganos después de la muerte».

## El valor del deporte

El Papa recibió en audiencia el 15 de abril a futbolistas italianos que compiten en la Liga nacional de aficionados y ante ellos subrayó que «la alegría es el alma del juego». Añadió que si esta «se ve superada por el desprecio a los adversarios, quiere decir que has dejado de jugar». Esta

los, que bajo una satisfacción aparente, dejan vacíos en el alma y hacen del tiempo una carrera sin un objetivo claro, una carrera a la que, como diríamos en inglés, falta un goal». Y agregó: «En cambio siempre debemos esforzarnos por aclarar los objetivos que nos impulsan a levantarnos y trabajar todos los días... No significa que siempre podamos ganar (no sería realista), sino que debemos tener claro a dónde vamos y hacia dónde nos llevan nuestros esfuerzos». También remarcó que el deporte es «una escuela formidable en este camino ya que requiere no solo habilidad técnica, sino también entrenamiento y determinación, gran paciencia y aceptación de las derrotas, espíritu de equipo y disposición para colaborar con los demás, además de la capacidad de ser alegre y positivo».

La misa del Crisma celebrada por el Papa en la basílica Vaticana

## Hemos sido ungidos para ungir

«Hemos sido ungidos para ungir». Lo recordó el Papa Francisco a los casi dos mil sacerdotes que concelebraron con él la misa del Crisma la mañana del Jueves santo, 18 de abril, en la basílica Vaticana.

El Evangelio de Lucas que acabamos de escuchar nos hace revivir la emoción de aquel momento en el que el Señor hace suya la profecía de Isaías, leyéndola solemnemente en medio de su gente. La sinagoga de Nazaret estaba llena de parientes, vecinos, conocidos, amigos... y no tanto. Y todos tenían los ojos fijos en Él. La Iglesia siempre tiene los ojos fijos en Jesucristo, el Ungido a quien el Espíritu envía para ungir al Pueblo de Dios. Los evangelios nos presentan a menudo esta imagen del Señor en medio de la multitud, rodeado y apretujado por la gente que le acerca sus enfermos, le ruega que expulse los malos espíritus, escucha sus enseñanzas y camina con Él. «Mis ovejas oyen mi voz. Yo las conozco y ellas me siguen» (Jn 10, 27-28).



### La gracia del discernimiento

El Señor nunca perdió este contacto directo con la gente, siempre mantuvo la gracia de la cercanía, con el pueblo en su conjunto y con cada persona en medio de esas multitudes. Lo vemos en su vida pública, y fue así desde el comienzo: el resplandor del Niño atrajo mansamente a pastores, a reyes y a ancianos soñadores como Simeón y Ana. También fue así en la Cruz; su Corazón atrae a todos hacia sí (cf. Jn 12, 32): Verónicas, cireneos, ladrones, centuriones... No es despreciativo el término "multitud". Quizás en el oído de alguno, multitud pueda sonar a masa anónima, indiferenciada... Pero en el Evangelio vemos que cuando interactúan con el Señor —que se mete en ellas como un pastor en su rebaño— las multitudes se transforman. En el interior de la gente se despierta el deseo de seguir a Jesús, brota la admiración, se cohesionan el discernimiento. Quisiera reflexionar con ustedes acerca de estas tres gracias que caracterizan la relación entre Jesús y la multitud.

### La gracia del seguimiento

Dice Lucas que las multitudes «lo buscaban» (Lc 4, 42) y «lo seguían» (Lc 14, 25), «lo apretujaban», «lo rodeaban» (cf. Lc 8, 42-45) y «se juntaban para escucharlo» (Lc 5, 15). El seguimiento de la gente va más allá de todo cálculo, es un seguimiento incondicional, lleno de cariño. Contrasta con la mezquindad de los discípulos cuya actitud con la gente raya en crueldad cuando le sugieren al Señor que los despidiera, para que se busquen algo para comer. Aquí, creo yo, empezó el clericalismo: en este querer asegurarse la comida y la propia comodidad desentendiéndose de la gente. El Señor cortó en seco esta tentación. «¡Denles ustedes de comer!» (Mc 6, 37), fue la respuesta de Jesús; «¡háganse cargo de la gente!».

### La gracia de la admiración

La segunda gracia que recibe la multitud cuando sigue a Jesús es la de una admiración llena de alegría. La gente se maravillaba con Jesús (cf. Lc 11, 14), con sus milagros, pero sobre todo con su misma Persona. A la gente le encantaba saludarlo por el camino, hacerse bendecir y bendecirlo, como aquella mujer que en medio de la multitud le bendijo a su Madre. Y el Señor, por su parte, se admiraba de la fe de la gente, se alegraba y no perdía oportunidad para hacerlo notar.

La tercera gracia que recibe la gente es la del discernimiento. «La multitud se daba cuenta (a dónde se había ido Jesús) y lo seguía» (Lc 9, 11). «Se admiraban de su doctrina, porque enseñaba con autoridad» (Mt 7, 28-29; cf. Lc 5, 26). Cristo, la Palabra de Dios hecha carne, suscita en la gente este carisma del discernimiento; no ciertamente un discernimiento de especialistas en cuestiones disputadas. Cuando los fariseos y los doctores de la ley discutían con Él, lo que discernía la gente era la autoridad de Jesús: la fuerza de su doctrina para entrar en los corazones y el hecho de que los malos espíritus le obedecieran; y que además, por un momento, dejara sin palabras a los que implementaban diálogos tramposos. La gente gozaba con esto. Sabía distinguir y gozaba.

Ahondemos un poco más en esta visión evangélica de la multitud. Lucas señala cuatro grandes grupos que son destinatarios preferenciales de la unción del Señor: los pobres, los prisioneros de guerra, los ciegos, los oprimidos. Los nombra en general, pero vemos después con alegría que, a lo largo de la vida del Señor, estos ungidos irán adquiriendo rostro y nombre propios. Así como la unción con el aceite se aplica en una parte y su acción benéfica se expande por todo el cuerpo, así el Señor, tomando la profecía de Isaías, nombra diversas "multitudes" a las que el Espíritu lo envía, siguiendo la dinámica de lo que podemos llamar una "preferencialidad inclusiva": la gracia y el carisma que se da a una persona o a un grupo en particular redundan, como toda acción del Espíritu, en beneficio de todos. Los pobres (*ptochoi*) son los que están doblados, como los mendigos que se inclinan para pedir. Pero también es pobre (*ptoché*) la viuda, que unge con sus dedos las dos moneditas que eran todo lo que tenía ese día para vivir. La unción de esa viuda para dar limosna pasa desapercibida a los ojos de todos, salvo a los de Jesús, que mira con bondad su pequeñez. Con ella el Señor puede cumplir en plenitud su misión de anunciar el evangelio a los pobres. Paradójicamente, la buena noticia de que existe gente así, la escuchan los discípulos. Ella, la mujer generosa, ni se enteró de que "había salido en el Evangelio" —es decir, que su gesto sería publicado en el Evangelio—: el alegre anuncio de que sus acciones "pesan" en el Reino y valen más que todas las riquezas del mundo, ella lo vive desde adentro, como tantas santas y santos "de la puerta de al lado". Los ciegos están representados por uno de los rostros más simpáticos del evangelio: el de Bartimeo (cf. Mc 10, 46-52), el mendigo ciego que recuperó la vista y, a partir de ahí, solo tuvo ojos para seguir a Jesús por el camino. ¡La unción de la mirada! Nuestra mirada, a la que los ojos de Jesús pueden devolver ese brillo que solo el amor

gratuito puede dar, ese brillo que a diario nos lo roban las imágenes interesadas o banales con que nos atiborra el mundo. Para nombrar a los oprimidos (*tethrausmenous*), Lucas usa una expresión que contiene la palabra "trauma".

Ella basta para evocar la Parábola, quizás la preferida de Lucas, la del Buen Samaritano que unge con aceite y venda las heridas (traumata: Lc 10, 34) del hombre que había sido molido a palos y estaba tirado al costado del camino. ¡La unción de la carne herida de Cristo! En esa unción está el remedio para todos los traumas que dejan a personas, a familias y a pueblos enteros fuera de juego, como excluidos y sobrantes, al costado de la historia. Los cautivos son los prisioneros de guerra (*aichmalotos*), los que eran llevados a punta de lanza (*aichmé*). Jesús usará la expresión al referirse a la cautividad y deportación de Jerusalén, su ciudad amada (Lc 21,

24). Hoy las ciudades se cautivan no tanto a punta de lanza sino con los medios más sutiles de colonización ideológica. Solo la unción de la propia cultura, amasada con el trabajo y el arte de nuestros mayores, puede liberar a nuestras ciudades de estas nuevas esclavitudes. Viniendo a nosotros, queridos hermanos sacerdotes, no tenemos que olvidar que nuestros modelos evangélicos son esta "gente", esta multitud con estos rostros concretos, a los que la unción del Señor realiza y vivifica. Ellos son los que completan y vuelven real la unción del Espíritu en nosotros, que hemos sido ungidos para ungir. Hemos sido tomados de en medio de ellos y sin temor nos podemos identificar con esta gente sencilla. Cada uno de nosotros tiene su propia historia. Un poco de memoria nos hará mucho bien. Ellos son imagen de nuestra alma e imagen de la Iglesia. Cada uno encarna el corazón único de nuestro pueblo.

Nosotros, sacerdotes, somos el pobre y quisiéramos tener el corazón de la viuda pobre cuando damos limosna y le tocamos la mano al mendigo y lo miramos a los ojos. Nosotros, sacerdotes, somos Bartimeo y cada mañana nos levantamos a rezar rogando: «Señor, que pueda ver» (Lc 18, 41). Nosotros, sacerdotes somos, en algún punto de nuestro pecado, el herido molido a palos por los ladrones. Y queremos estar, los primeros, en las manos compasivas del Buen Samaritano, para poder luego compadecer con las nuestras a los demás.

Les confieso que cuando confirmo y ordeno me gusta esparcir bien el crisma en la frente y en las manos de los ungidos. Al ungir bien una experiencia que allí se renueva la propia unción. Esto quiero decir: no somos repartidores de aceite en botella. Somos ungidos para ungir. Ungimos repartiéndonos a nosotros mismos, repartiéndole nuestra vocación y nuestro corazón. Al ungir somos reungidos por la fe y el cariño de nuestro pueblo. Ungimos ensuciándonos las manos al tocar las heridas, los pecados y las angustias de la gente; ungimos perfumándonos las manos al tocar su fe, sus esperanzas, su fidelidad y la generosidad incondicional de su entrega que muchos ilustrados consideran como una superstición. El que aprende a ungir y a bendecir se sana de la mezquindad, del abuso y de la crueldad. Recemos, queridísimos hermanos, metiéndonos con Jesús en medio de nuestra gente, es el puesto más hermoso. El Padre renueve en nosotros la efusión de su Espíritu de santidad y haga que nos unamos para implorar su misericordia para el pueblo que nos fue confiado y para el mundo entero. Así la multitud de las gentes, reunidas en Cristo, puedan llegar a ser el único Pueblo fiel de Dios, que tendrá su plenitud en el Reino (cf. *Plegaria de ordenación de presbíteros*).

El Papa besa los pies al presidente y a los vicepresidentes designados de Sudán del Sur

## Permaneced en la paz

y pide que se respete el acuerdo firmado en septiembre

*En la tarde del jueves 11 de abril, en la Domus Sanctae Marthae, en presencia del Papa Francisco, tuvo lugar el momento final del retiro espiritual con la participación de las autoridades civiles y eclesíásticas de Sudán del Sur. Comenzó el día anterior, el miércoles 10 y estuvo organizado de común acuerdo entre la Secretaría de Estado y la oficina del Arzobispo de Canterbury, Su Gracia Justin Welby. Al final de su discurso —que publicamos íntegro en esta página— el Pontífice besó los pies del presidente y de los vicepresidentes designados de Sudán del Sur: una señal extraordinaria para invocar el compromiso de los líderes de Sudán del Sur por la paz. Posteriormente, los participantes recibieron una Biblia firmada por el Santo Padre, Su Gracia Justin Welby y el Reverendo John Chalmers, ex moderador de la Iglesia Presbiteriana de Escocia, con el mensaje: «Busca lo que une. Supera lo que divide». Después se impartió la bendición a los líderes de Sudán del Sur, quienes acordaron el compromiso común de paz*

### Saludo inicial

1. Doy una cordial bienvenida a cada uno de vosotros, los aquí presentes: al Presidente de la República, a la vicepresidenta y los vicepresidentes de la futura Presidencia de la República, quienes, de conformidad con los términos del *Revitalised Agreement on the Resolution of Conflict in South Sudan* asumirán altos cargos de responsabilidad nacional el próximo 12 de mayo. También saludo fraternalmente a los miembros del Consejo de las Iglesias de Sudán del Sur, que acompañan espiritualmente el camino de la grey que se les ha confiado en sus respectivas comunidades. Doy gracias a todos por la buena voluntad y el corazón abierto con el que aceptaron mi invitación a participar en este retiro en el Vaticano. Quisiera dirigir un saludo especial al arzobispo de Canterbury, Su Gracia Justin Welby, que concibió esta iniciativa —es un hermano que va siempre adelante en la reconciliación— y al ex moderador de la Iglesia Presbiteriana de Escocia, el reverendo John Chalmers. Junto a vosotros alabo a Dios, con el corazón agradecido y exultante por permitirnos compartir estos dos días de gracia en su santa presencia, para implorar y recibir su paz.

Quiero dirigirme a todos vosotros con las palabras del Señor resucitado «La paz con vosotros» (Juan 20, 19). Este saludo, al mismo tiempo alentador y consolador, fue el que Jesús dirigió en el cenáculo a sus discípulos, atemorizados y desolados, cuando se les apareció después de su resurrección. Es extremadamente importante para nosotros recordar que «paz» fue la primera palabra pronunciada por la voz del Señor, el primer don ofrecido a los apóstoles después de su dolorosa pasión y su triunfo sobre la muerte. Yo también os dirijo ese mismo saludo a los que venís de un contexto de gran tribulación para vosotros y para vuestro pueblo, un pueblo muy probado por las consecuencias de los conflictos. Que esas palabras resuenen en el cenáculo de esta casa, como las palabras del Maestro, para que todos y cada uno de vosotros tome nuevas fuerzas para alcanzar el progreso tan deseado de vuestra joven nación y, como el fuego de Pentecostés en la joven comunidad cristiana, se encienda una nueva luz de esperanza para todos los habitantes de Sudán del Sur. Por eso, llevando todo esto en mi corazón os digo: «La paz con vosotros»

La paz es el primer don que el Señor nos ha dado y es la primera tarea que los líderes de las naciones deben perseguir: es la condición fundamental para el respeto de los

derechos de cada hombre y para el desarrollo integral de todo el pueblo. Jesucristo, a quien Dios Padre envió al mundo como el Príncipe de la Paz, nos dio el modelo a seguir. Él, pasando por el sacrificio y la obediencia, dio su paz al mundo. Por eso, ya desde el momento de su nacimiento, el coro de ángeles entonó el canto celestial: «Gloria a Dios en las alturas y en la tierra, paz a los hombres, en quienes él se complace» (Lucas 2, 14). ¡Qué alegría si todos los miembros del pueblo de Sudán del Sur pudieran cantar con una sola voz el canto que se hace eco de aquel del ángel!: «Oh Dios, te rogamos y te glorificamos por tu gracia en favor de Sudán del Sur, tierra de gran abundancia; manténnos juntos y en armonía» (Primera estrofa del *Himno Nacional de Sudán del Sur*). ¡Y cómo me gustaría que las voces de toda la familia humana se unieran a este coro celestial para proclamar gloria a Dios y promover la paz entre los hombres!

### Mirada de Dios

2. Somos muy conscientes de que la naturaleza de este encuentro nuestro es muy especial y, de alguna manera, única, porque aquí no se trata de un común y habitual encuentro bilateral o diplomático entre el Papa y los Jefes de Estado y tampoco de una iniciativa ecuménica entre los representantes de las diferentes comunidades cristianas: se trata, de hecho, de un retiro espiritual. La palabra «retiro» ya indica un alejamiento voluntario de un ambiente o de una actividad hacia un lugar apartado. Y el adjetivo «espiritual» sugiere que este nuevo espacio de experiencia se caracteriza por el recogimiento interior, la oración confiada, la reflexión ponderada y los encuentros reconciliadores, que dé buenos frutos para uno mismo y, en consecuencia, para las comunidades a las que pertenecemos. El propósito de este retiro es estar juntos ante Dios y discernir su voluntad; es reflexionar sobre nuestra vida y sobre la misión común que se nos confía; es tomar conciencia de la enorme corresponsabilidad por el presente y el futuro del pueblo de Sudán del Sur; es comprometerse,

revitalizados y reconciliados, en la construcción de vuestra nación.

Queridos hermanos y hermanas, no olvidemos que a nosotros, líderes políticos y religiosos, Dios ha confiado la tarea de ser líderes de su pueblo: nos ha confiado mucho, y precisamente por eso, ¡requerirá mucho más de nosotros! Nos pedirá cuentas de nuestro servicio y de nuestra administración, de nuestro esfuerzo en favor de la paz y del bien cumplido con los miembros de nuestras comunidades, especialmente los más necesitados y marginados, en otras palabras, nos pedirá cuentas



apóstol Pedro. La primera mirada de Jesús a Pedro fue cuando su hermano Andrés lo había llevado ante Él, diciéndole que era el Mesías; Jesús fija su mirada en Simón y le dice que de ahora en adelante se llamará Pedro (cf. Juan 1, 41-42). Sucesivamente, le anunciará que sobre esa «piedra» construirá su Iglesia, mostrándole así que cuenta con él para llevar a cabo el plan de salvación para su pueblo. La primera mirada, por lo tanto, es la mirada de la elección que despertó el entusiasmo por una misión especial. La segunda mirada es la de la noche del Jueves Santo. Pedro ha negado a su Señor por tercera vez. Jesús, a quien se llevan por la fuerza los soldados, lo mira de nuevo, esta vez despertando en él un arrepentimiento doloroso pero saludable. El apóstol se escapó y «lloró amargamente» (Mateo 26, 75) por haber traicionado la vocación, la confianza y la amistad del Maestro. La segunda mirada de Jesús, por lo tanto, tocó el corazón de Pedro y causó su conversión.

Finalmente, después de la resurrección, en la orilla del lago de Tiberiades, Jesús fija otra vez su mirada en Pedro, pidiéndole tres veces que le declare su amor y confiándole de nuevo la misión de pastor de su rebaño, indicándole también cómo esta misión habría culminado con el sacrificio de su vida (cf. Juan 21, 15-19).

De alguna manera, podemos decir que todos hemos sido llamados a la vida de fe, hemos sido elegidos por Dios, pero también por el pueblo, para servirlo fielmente, y en este servicio, quizás, hayamos cometido errores, algunos más pequeños, otros más grandes. El Señor Jesús, sin embargo, siempre perdona los errores del que se arrepiente y siempre renueva su confianza, pidiéndonos, a nosotros en particular, una total dedicación a la causa de su pueblo.

Queridos hermanos y hermanas, la mirada de Jesús se posa también aquí y ahora, en cada uno de nosotros. Es muy importante cruzarse con ella en nuestro interior preguntándonos: ¿Cuál es hoy la mirada de Jesús sobre mí? ¿A qué me llama? ¿Qué quiere perdonarme el Señor y qué me pide que cambie en mi actitud? ¿Cuál es mi misión y la tarea que Dios me confía para el bien de su pueblo? Efectivamente el pueblo es suyo, no nos pertenece, al contrario, nosotros mismos somos miembros del pueblo, solo que tenemos una responsabilidad y una misión particular: la de servirlo. Tengamos la seguridad, queridos hermanos, de que todos estamos bajo la mirada de Jesús: nos mira con amor, nos pide algo, nos perdona algo y nos da una misión. Nos demuestra una gran confianza, escogiéndonos para ser sus colaboradores en la construcción de un mundo más justo. Tengamos la seguridad de que su mirada nos conoce profundamente, nos ama y nos transforma, nos reconcilia y nos une. Su mirada benévola y misericordiosa nos alienta a abandonar el camino que conduce al pecado y a la muerte y nos sostiene para tomar el camino de la paz y el bien. Hay

un ejercicio que es bueno para nosotros y que siempre se puede hacer en casa: pensar que la mirada de Jesús está sobre nosotros y que será precisamente esta mirada llena de amor la que nos reciba en el último día de nuestra vida terrenal.

Y después, la mirada del pueblo

3. La mirada de Dios está especialmente puesta en vosotros y es una mirada que os ofrece la paz. Pero hay también otra mirada puesta sobre vosotros: la mirada de vuestro pueblo y es una mirada que expresa el ardiente deseo de justicia, de reconciliación y de paz. En este momento, deseo asegurar mi cercanía espiritual a todos vuestros compatriotas, en particular a los refugiados y a los enfermos, que se han quedado en el país con grandes expectativas y conteniendo el aliento a la espera del resultado de este día histórico. Estoy seguro de que ellos, con gran esperanza y oración intensa en sus corazones, han acompañado este encuentro. Y como Noé esperó a que la paloma le trajera la rama de olivo para mostrar el final del diluvio y el comienzo de una nueva era de paz entre Dios y los hombres (cf. *Génesis* 8, 11), así vuestro pueblo espera vuestro regreso a la patria, la reconciliación de todos sus miembros y una nueva era de paz y prosperidad para todos.

Mis pensamientos se dirigen principalmente a las personas que han perdido a sus seres queridos y sus hogares, a las familias que se han separado y nunca se han vuelto a encontrar, a todos los niños y ancianos, a las mujeres y a los hombres que sufren terriblemente por causa de los conflictos y de la violencia que ha sembrado la muerte, el hambre, el dolor y las lágrimas. Hemos escuchado con fuerza ese grito de los pobres y de los necesitado que penetra en los cielos hasta el corazón de Dios Padre, que quiere hacerles justicia y darles la paz. Pienso muy a menudo en estas almas que sufren e imploro que el fuego de la guerra se apague de una vez por todas, que puedan regresar a sus hogares y vivir con serenidad. Suplico a Dios todopoderoso que llegue la paz a vuestra tierra, y también me dirijo a los hombres de buena voluntad para que llegue la paz a vuestro pueblo.

Queridos hermanos y hermanas, la paz es posible. ¡Nunca me cansaré de repetir que la paz es posible! Pero este gran don de Dios es, al mismo tiempo, también un fuerte compromiso de sus responsables con el pueblo. Los cristianos creemos y sabemos que la paz es posible porque Cristo ha resucitado y ha vencido al mal con el bien, ha asegurado a sus discípulos la victoria de la paz sobre esos cómplices de la guerra que son la soberbia, la avaricia, la sed de poder, la mentira y la hipocresía (cf. *Homilía en la celebración por la paz en Sudán del Sur y en la República Democrática del Congo*, 23 de noviembre de 2017).

Nos deseo a todos que sepamos responder a la elevada vocación de ser artesanos de la paz, en un espíritu de fraternidad y solidaridad con cada miembro de nuestro pueblo, un espíritu noble, recto, firme y valiente en la búsqueda de la paz, a través del diálogo, el negociado y el perdón. Por lo tanto, os exhorto a buscar lo que os une, a partir de la per-



tenencia al mismo pueblo, y a superar todo lo que os divide. La gente está cansada y exhausta de las guerras pasadas: ¡por favor, recordad que con la guerra se pierde todo! Hoy vuestra gente anhela un futuro mejor, que pasa por la reconciliación y la paz.

Con gran confianza, supe en septiembre pasado que los más altos representantes políticos de Sudán del Sur habían estipulado un acuerdo de paz. Por lo tanto, hoy me congratulo con los firmantes de ese documento, tanto con vosotros, los aquí presentes, como con los ausentes, sin excluir a nadie; en primer lugar, con

de todos los ciudadanos que sueñan con comenzar a construir la nación.

Es inapreciable el compromiso común de los hermanos cristianos, dentro de las diversas iniciativas ecuménicas en el seno del Consejo de las Iglesias de Sudán del Sur, en favor de la reconciliación y de la paz, de los pobres y de los marginados, en beneficio del progreso de todo el pueblo de Sudán del Sur. Recuerdo con alegría y gratitud el reciente encuentro con la Conferencia Episcopal de Sudán y de Sudán del Sur en el Vaticano, con motivo de la visita *ad limina Apostolorum*. Me impresionaron su optimismo, basado en la fe

los líderes!. En conclusión, renuevo a todos vosotros, autoridades civiles y eclesíásticas de Sudán del Sur mi gratitud y mi agradecimiento por participar en este retiro; y a todo el querido pueblo de Sudán del Sur, expreso fervientes votos de paz y prosperidad. Que la abundancia de la gracia y la bendición de Dios misericordioso llegue al corazón de cada hombre y cada mujer en Sudán del Sur y dé frutos de paz duradera y exuberante, de la misma manera que las aguas del río Nilo, que atraviesan vuestro país hacen que la vida crezca y florezca. Finalmente, confirmo mi deseo y mi esperanza de que, con la gracia de Dios, pueda ir pronto a vuestra amada nación, junto con mis queridos hermanos aquí presentes, el arzobispo de Canterbury y el ex moderador de la Iglesia Presbiteriana.

#### Oración final

4. Por último, me gustaría concluir esta meditación con una oración, respondiendo a la invitación del apóstol San Pablo: «Ante todo recomiendo que se hagan plegarias, oraciones, súplicas y acciones de gracias por todos los hombres, por los reyes y por todos los constituidos en autoridad, para que podamos vivir una vida tranquila y apacible, con toda piedad y dignidad». (*1 Timoteo* 2, 1-2).

Padre santo, Dios de infinita bondad, nos llamas a renovarnos en tu Espíritu y manifiestas tu omnipotencia sobre todo en la gracia del perdón. Reconocemos tu amor de Padre cuando doblegas la dureza del hombre y en un mundo desgarrado por la lucha y la discordia, lo dispones a la reconciliación. Muchas veces los hombres hemos quebrantado tu alianza; pero tú, en vez de abandonarnos, has sellado de nuevo con la familia humana, por Jesucristo, tu Hijo, nuestro Señor, un pacto tan sólido que ya nada lo podrá romper.

Te rogamos que actúes, con la fuerza del Espíritu, en lo más profundo de los corazones para que los enemigos se abran al diálogo, los adversarios se den la mano y los pueblos busquen la concordia. Por tu acción, Oh Padre, la búsqueda sincera de la paz extinga las disputas, el amor venza al odio y la venganza se desarme con el perdón, para que, confiándonos únicamente a tu misericordia encontremos el camino de regreso a Ti y, abriéndonos a la acción del Espíritu Santo vivamos en Cristo la nueva vida, en la alianza perenne de tu nombre y en el servicio a los hermanos. Amén (cf. *Prefacio de Oraciones Eucarísticas para la Reconciliación I y II*).

Queridos hermanos y hermanas, que la paz sea con nosotros y que con nosotros permanezca siempre.

Y a vosotros tres, que habéis firmado el Acuerdo de Paz, os pido como hermano: permaneced en la paz. Os lo pido de corazón. Sigamos adelante. Habrá tantos problemas, pero no os asustéis, seguid adelante, resolved los problemas. Habéis empezado un proceso: que termine bien. Habrá peleas entre vosotros dos, sí. Que las haya en el despacho, pero ante el pueblo, ¡con las manos unidas! Así, de simples ciudadanos os convertiréis en Padres de la Nación. Permitidme pedirlo de corazón, con mis sentimientos más profundos.

## El gesto de los siervos de Dios

ANDREA TORNIELLI

El gesto sorprendente y conmovedor de Francisco al concluir los dos días de retiro espiritual por la paz en Sudán del Sur que el Pontífice acogió en su casa, tiene un sabor evangélico. Y sucedió exactamente una semana antes de que el mismo gesto se repitiera en las iglesias de todo el mundo para conmemorar la Última Cena, cuando Jesús, ya en la víspera de su Pasión, lavó los pies a los apóstoles mostrándoles así el camino del servicio. En la Casa Santa Marta, después de haber pedido «como hermano» a los líderes de este país que «permanecieran en la paz», Francisco, con un sufrimiento visible, quiso inclinarse ante ellos para besarles los pies. Igualmente se postró delante del Presidente de la República de Sudán del Sur, Salva Kiir Mayardit, y de los vicepresidentes designados presentes, incluyendo a Riek Machar y Rebecca Nyandeng De Mabio. Una imagen fuerte que sólo puede entenderse en el clima de perdón mutuo que caracterizó los dos días de retiro. No es una cumbre político-diplomática, sino una experiencia de oración y reflexión común entre líderes que, a pesar de haber firmado un acuerdo de paz, luchan con esfuerzo para que este sea respetado.

La paz, para los creyentes, se invoca ante Dios. Y se invoca rezando aún más ante el sacrificio de tantas víctimas inocentes del odio y de la guerra. Algo debe haber sucedido durante esas horas en Santa Marta, en primer lugar entre los líderes de Sudán

SIGUE EN LA PÁGINA 12

el Presidente de la República y los jefes de los partidos políticos, por la elección del camino del diálogo, por la voluntad de compromiso, por la determinación de lograr la paz, por la prontitud para reconciliarse y por la voluntad de poner en práctica lo que se ha concluido. Espero de todo corazón que cesen definitivamente las hostilidades, que se respete el armisticio, —¡por favor, que se respete el armisticio!— que se superen las divisiones políticas y étnicas y que la paz sea duradera, por el bien común

viva y expresado en sus esfuerzos incansables, así como sus preocupaciones en medio de numerosas dificultades políticas y sociales. A todos los cristianos de Sudán del Sur que, ayudando a los más necesitados, vendan las heridas del cuerpo de Jesús, les deseo la abundancia de gracias celestiales y les aseguro mi recuerdo permanente en la oración. ¡Que sean operadores de paz en el pueblo de Sudán del Sur, con la oración y el testimonio, con la guía espiritual y la asistencia humana de cada uno de sus miembros, incluidos

En la plaza San Pedro la celebración del Domingo de Ramos presidida por el Papa

# El valor del silencio contra el peligro del triunfalismo

La mañana del 14 de abril, el Papa Francisco presidió, en la plaza San Pedro, la misa del domingo de Ramos y de la Pasión del Señor, con ocasión de la trigésimo cuarta Jornada mundial de la juventud, celebrada a nivel diocesano. Publicamos la homilía pronunciada por el Pontífice.



Las aclamaciones de la entrada en Jerusalén y la humillación de Jesús. Los gritos de fiesta y el ensañamiento feroz. Este doble misterio acompaña cada año la entrada en la Semana Santa, en los dos momentos característicos de esta celebración: la procesión con las palmas y los ramos de olivo, al principio, y luego la lectura solemne de la narración de la Pasión.

Dejemos que esta acción animada por el Espíritu Santo nos envuelva, para obtener lo que hemos pedido en la oración: acompañar con fe a nuestro Salvador en su camino y tener siempre presente la gran enseñanza de su Pasión como modelo de vida y de victoria contra el espíritu del mal.

Jesús nos muestra cómo hemos de afrontar los momentos difíciles y las tentaciones más insidiosas, cultivando en nuestros corazones una paz que no es distanciamiento, no es impasividad o creerse un superhombre, sino que es un abandono confiado en el Padre y en su voluntad de salvación, de vida, de misericordia; y, en toda su misión, pasó por la tentación de «hacer su trabajo» decidiendo el modo y desligándose de la obediencia al Padre. Desde el comienzo, en la lucha de los cuarenta días en el desierto, hasta el final en la Pasión, Jesús rechaza esta tentación mediante la confianza obediente en el Padre.

También hoy, en su entrada en Jerusalén, nos muestra el camino. Porque en ese evento el maligno, el Príncipe de este mundo, tenía una carta por jugar: la carta del triunfalismo, y el Señor respondió permaneciendo fiel a su camino, el camino de la humildad.

El triunfalismo trata de llegar a la meta mediante atajos, compromisos falsos. Busca subirse al carro del ganador. El triunfalismo vive de gestos y palabras que, sin embargo, no han pasado por el crisol de la cruz; se alimenta de la comparación con los demás, juzgándolos siempre como peores, con defectos, fracasados... Una forma sutil de triunfalismo es la mundanidad espiritual, que es el mayor peligro, la tentación más perversa que amenaza a la Iglesia (De Lubac). Jesús destruyó el triunfalismo con su Pasión.

El Señor realmente compartió y se regocijó con el pueblo, con los jóvenes que gritaban su nombre aclamándolo como Rey y Mesías. Su corazón gozaba viendo el entusiasmo y la fiesta de los pobres de Israel. Hasta el punto que, a los fariseos que le pedían que reprochara a sus discípulos por sus escandalosas aclamaciones, él les respondió: «Os digo que, si estos callan, gritarán las piedras» (Lc 19, 40). Humildad no significa negar la realidad, y Jesús es realmente el Mesías, el Rey.

Pero al mismo tiempo, el corazón de Cristo está en otro camino, en el camino santo que solo él y el Padre conocen: el que va de la «condición de Dios» a la «condición de esclavo», el camino de la humillación en la obediencia «hasta la muerte, y una muerte de cruz» (Flp 2, 6-8). Él sabe que para lograr el verdadero triunfo debe dejar espacio a Dios; y para dejar espacio a Dios solo hay un modo: el despojarse, el vaciarse de sí mismo. Callar, rezar, humillarse. Con la cruz no se puede negociar, o se abraza o se rechaza. Y con su humillación, Jesús quiso abrirnos el camino de la fe y precedernos en él.

Tras él, la primera que lo ha recorrido fue su madre, María, la primera discípula. La Virgen y los santos han tenido que sufrir para caminar en la fe y en la voluntad de Dios. Ante los duros y dolorosos acontecimientos de la vida, responder con fe cuesta «una particular fatiga del corazón» (cf. S. Juan Pablo II, Carta enc. *Redemptoris Mater*, 17). Es la noche de la fe. Pero solo de esta noche despunta el alba de la resurrección. Al pie de la cruz, María volvió a pensar en las palabras con las que el Ángel le anunció a su Hijo: «Será grande [...]»; el Señor Dios le dará el trono de David, su padre; reinará sobre la casa de Jacob para siempre, y su



reino no tendrá fin» (Lc 1, 32-33). En el Gólgota, María se enfrenta a la negación total de esa promesa: su Hijo agoniza sobre una cruz como un criminal. Así, el triunfalismo, destruido por la humillación de Jesús, fue igualmente destruido en el corazón de la Madre; ambos supieron callar.

Precedidos por María, innumerables santos y santas han seguido a Jesús por el camino de la humildad y la obediencia. Hoy, Jornada Mundial de la Juventud, quiero recordar a tantos santos y santas jóvenes, especialmente a aquellos «de la puerta de al lado», que solo Dios conoce, y que a veces a él le gusta revelarnos por sorpresa. Queridos jóvenes, no os avergoncéis de mostrar vuestro entusiasmo por Jesús, de gritar que él vive, que es vuestra vida. Pero al mismo tiempo, no tengáis miedo de seguirlo por el camino de la cruz. Y cuando sintáis que os pide que renunciéis a vosotros mismos, que os despojéis de vuestras seguridades, que os confiéis por completo al Padre que está en los cielos, entonces alegraros y regocijaos. Estáis en el camino del Reino de Dios.

Aclamaciones de fiesta y furia feroz; el silencio de Jesús en su Pasión es impresionante. Vence

también a la tentación de responder, de ser «mediático». En los momentos de oscuridad y de gran tribulación hay que callar, tener el valor de callar, siempre que sea un callar manso y no rencoroso. La mansedumbre del silencio hará que parezcamos aún más débiles, más humillados, y entonces el demonio, animándose, saldrá a la luz. Será necesario resistirlo en silencio, «manteniendo la posición», pero con la misma actitud que Jesús. Él sabe que la guerra es entre Dios y el Príncipe de este mundo, y que no se trata de poner la mano en la espada, sino de mantener la calma, firmes en la fe. Es la hora de Dios. Y en la hora en que Dios baja a la batalla, hay que dejarlo hacer. Nuestro puesto seguro estará bajo el manto de la Santa Madre de Dios. Y mientras esperamos que el Señor venga y calme la tormenta (cf. *Mc* 4, 37-41), con nuestro silencioso testimonio en oración, nos damos a nosotros mismos y a los demás razón de nuestra esperanza (cf. *1 P* 3, 15). Esto nos ayudará a vivir en la santa tensión entre la memoria de las promesas, la realidad del ensañamiento presente en la cruz y la esperanza de la resurrección.



Ángelus después de la misa

## Un rosario por la paz en Tierra Santa

Al finalizar la celebración, antes de impartir la bendición, desde la anteglesia de la basílica Vaticana, el Papa guio el rezo del Ángelus, ofreciendo a los jóvenes presentes coronas de Rosarios en madera de olivo realizados en Tierra santa.

Queridos hermanos y hermanas:

Saludo a todos los que habéis participado en esta celebración y a los que se han unido a nosotros a través de los diferentes medios de comunicación. Este saludo se extiende a todos los jóvenes que hoy, en torno a sus obispos, celebran la Jornada de la Juventud en todas las diócesis del mundo. Queridos jóvenes, os invito a hacer vuestras y a vivir en la cotidianidad las indicaciones de la reciente Exhortación Apostólica *Christus vivit*, fruto del Sínodo, que ha involucrado también a tantos coetáneos vuestros. En este texto, cada uno de vosotros puede encontrar sugerencias fecundas para su vida y su camino de crecimiento en la fe y en el servicio a los hermanos.

En el contexto de este domingo, quería ofrecer a todos vosotros, aquí reunidos en la Plaza de San Pedro una corona especial del Rosario. Estas coronas de madera de olivo se hicieron en Tierra Santa expresamente para la Jornada Mundial de la Juventud en Panamá el pasado mes de enero y para la Jornada de hoy. Por lo tanto, renuevo mi llamamiento a los jóvenes y a todos para que recen el Rosario por la paz, especialmente por la paz en Tierra Santa y en Oriente Medio.

Y ahora nos dirigimos a la Virgen María, para que nos ayude a vivir bien la Semana Santa.

Ángelus Domini...

Audiencia del Pontífice a una cofradía mariana española

## Fermento de solidaridad entre los marginados

La mañana del viernes, 12 de abril, el Papa recibió en la Sala Clementina del Palacio Apostólico a los miembros de la Archicofradía de la Virgen de la Cinta de Tortosa, España, con ocasión del cuarto centenario de su fundación. Publicamos a continuación el discurso pronunciado por el Pontífice en español.

Queridos Cofrades y devotos de la Virgen de la Cinta:

Me alegro de recibirlos aquí con motivo del cuarto centenario de la fundación de esa asociación de fieles consagrada al culto de nuestra Madre. Saludo a Mons. Enrique Benavent, obispo de Tortosa, y a la señora Meritxell Roigé, alcaldesa de la ciudad, que los acompañan en esta peregrinación.

La cofradía de Nuestra Señora de la Cinta ha estado desde su comienzo vinculada al sucesor de Pedro. Pocos meses después de la constitución de la hermandad, aprobada por el obispo de esa ciudad, Luis de Tena, quisieron que fuese confirmada por el papa Pablo V. Y ahora, con esta peregrinación a la tumba de Pedro, desean renovar ese vínculo de comunión.

Este gesto de adhesión no es algo del pasado que suscita solo un mero interés histórico, sino que mantiene viva su actualidad. Ustedes se llaman hermanos, cofrades, y de esa manera ponen de manifiesto la realidad fundamental de nuestras vidas, que todos somos hijos de Dios. Etimológicamente, cofradía significa «unión de hermanos». Pero no basta con decir que somos hermanos, sino que hay que recordar siempre esa unidad «fundacional» que nos marca como tales. Los hermanos —sabemos— con frecuencia discuten, y se pelean por tantas cosas, pero aun cuando eso suceda, saben mantener siempre viva esa búsqueda de un bien que no puede excluir la paz y la concordia entre ellos. Y cuando no logran hacerlo, sufren. El vínculo de la caridad que en cuanto cofrades los une con su Obispo y, a través de él, con el Papa, constituye un don importante que los enriquece pero que también comporta una misión: la de ser fermento de solidaridad en la sociedad.

Mirando el ejemplo de María estamos llamados a llevar esa fraternidad a todos los rincones de la sociedad. Ustedes están presentes en diferentes realidades eclesiales en vuestra diócesis, de esa manera colaboran para que la Iglesia sea ante todo casa, familia, lugar de acogida y de amor, en la que todos, especialmente los pobres y marginados, puedan sentirse parte y jamás verse excluidos ni rechazados. Viviendo de este modo la fraternidad se convierte en misión, que interpela y no deja indiferentes, pues el amor mutuo que sale y se dirige hacia los demás es nuestra carta de presentación. Así, incluso los que no tienen fe, podrán decir aquel elogio de Tertuliano: «Miren cómo se aman» (*Apologeticum*, 39: PL I, 471).

Vivir de esta manera, como hermanos unidos, supone esfuerzo y renuncia, pero les aseguro que merece la pena, porque es un signo ante la sociedad que siempre está dividida, no es moda de ahora, siempre estuvo y es un pecado social divididos. Por eso toda manifestación de hermandad, de solidaridad ayuda. Los animo en su tarea para que sean signo ante el mundo de esa fraternidad que viene de Dios.

Que el Señor los bendiga y sostenga siempre, y que la Virgen Santa los cuide y los acompañe en este trabajo de consolidar la fraternidad

Y, por favor, no se olviden de rezar por mí. Muchas gracias.



## Una devoción centenaria

Publicamos a continuación el discurso pronunciado por el obispo de Tortosa, Enrique Benavent, ante el Papa Francisco, en el que recordó la historia de la Virgen de la Cinta y subrayó los fuertes vínculos que unen la Archicofradía con la Santa Sede.

Santo Padre:

Según una antiquísima y hermosa tradición transmitida a través de los libros litúrgicos de la diócesis de Tortosa, la noche del 24 al 25 de marzo del año 1178, cuando ya había concluido la construcción de la primitiva catedral, la Santísima Virgen se hizo visible a un sacerdote devoto que se disponía a celebrar el oficio de maitines y le hizo entrega del sencillo cingulo con el que ceñía su manto, diciéndole: «porque habéis construido esta Iglesia en honor de mi Hijo y en el mío y porque os amo a vosotros los tortosinos, pongo sobre el altar este cingulo con el que me ceño y os lo entrego para que lo conservéis como signo de mi amor».

Este cingulo, que materialmente es el de una muchacha pobre, es el tesoro más preciado que conserva nuestra catedral (*lo nostre tesoro*). Desde hace siglos es el lazo que ata los corazones de los tortosinos al de la Virgen, uniéndolos en el cielo y en la tierra, en la vida y en la muerte. Gracias a él la devoción a la Santísima Virgen y la fe se han transmitido en nuestra ciudad de generación en generación.

Por él nuestra historia tiene páginas de oro: la Virgen ha hecho que en nuestra diócesis hayan crecido abundantes frutos de santidad: San Francesc Gil de Federich, misionero en Vietnam y mártir; San Pere Màrtir Sans i Jordà, obispo, misionero en China y mártir; el beato Jacint Orfanell, misionero en Japón y mártir. A los pies de la Virgen, Santa María Rosa Molas creció en la caridad y en el deseo de consolar a los que sufrían, y se entregó al cuidado de los enfermos pobres en el hospital municipal de la Santa Cruz. San Enric de Osó ideó un programa de catequización de los niños. El beato Manuel Domingo y Sol, a quien San Juan Pablo II llamó apóstol de las vocaciones, se preocupó por la promoción y

el cuidado de las vocaciones sacerdotales. Y el beato Josep Maria Peris, que hace 100 años compuso la melodía del himno en honor de la Virgen, que todos cantamos con entusiasmo, dio también su vida como testimonio de la fe. La presencia de la Madre del Señor ha hecho de nuestra pequeña diócesis una gran diócesis en testigos de vida cristiana.

Hemos celebrado el cuarto centenario de la fundación de la Real Archicofradía. Gracias a ella se ha mantenido y ha crecido la devoción a la Virgen de la Cinta. Es una advocación que, por su origen (la fiesta de la Encarnación del Señor), lleva a valorar y a cuidar la vida del ser humano no nacido. Durante estos años he escuchado el testimonio de madres gestantes en dificultad, que han protegido la vida de sus hijos confiadas en la Virgen, y que han experimentado su protección sobre sus hijos no nacidos. Durante los años de crisis la Archicofradía ha colaborado con las instituciones caritativas de la diócesis: Cáritas diocesana e interparroquial, casa de acogida, y con diversos programas de atención a los más pobres. Si la devoción a la Madre del Señor es auténtica nos llevar a estar atentos a las necesidades de todos sus hijos.

Santo Padre, para mí como obispo de Tortosa y para toda la diócesis; para la ciudad, representada hoy en su alcaldesa; para la Archicofradía y la Corte de Honor; y para todos los que estamos aquí, este encuentro es una gracia inmerecida que refuerza más los vínculos con la Sede de Pedro, vínculos históricamente fuertes, porque su antecesor Adriano VI era obispo de Tortosa cuando fue elegido Papa y siempre conservó el afecto por la que había sido su diócesis. Este encuentro es otro signo de amor que la Santísima Virgen ha tenido con nosotros y es, sin duda, uno de los acontecimientos más importantes para la Archicofradía en sus 400 años de historia.

Le aseguro que oramos por usted a la Santísima Virgen, y le pedimos que le conceda fortaleza y sabiduría para continuar por muchos años guiando al Pueblo cristiano por los caminos del Evangelio.

Muchas gracias.

*La escuela «es un bien de todos y debe seguir siendo una fragua en la que educar para la inclusión, el respeto por la diversidad y la colaboración». Lo dijo el Papa Francisco a los estudiantes y a los docentes del instituto romano Visconti, recibidos en audiencia la mañana del sábado 13 de abril, en el Aula Pablo VI.*

Queridos chicos y chicas, y no chicos y no chicas, ¡buenos días a todos!

**M**e complace daros la bienvenida junto con vuestros maestros, vuestras familias y muchos amigos involucrados en las iniciativas de solidaridad que completan vuestro viaje educativo. Os saludo a todos con afecto y agradezco a la señora directora sus palabras: no escatimó palabras ni imágenes en la descripción real y concreta de la situación en el mundo actual y de las actitudes que debemos seguir. Gracias, señora, y siga así: sin escatimar en palabras. ¡Adelante! La vuestra es una comunidad escolar que busca unir, con la educación, la formación global del ciudadano y el cristiano. Y si vosotros vais por este camino, en vuestra institución, en vuestro instituto, no será verdad lo que, lamentablemente, es verdad en

la inclusión. La escuela como tal es un bien de todos y debe seguir siendo una fragua en la que educar para la inclusión, el respeto por la diversidad y la colaboración. Inclusión, respeto a la diversidad para colaborar. Por favor, no tengáis miedo de la diversidad. El diálogo entre diferentes culturas, diferentes personas enriquece un país, enriquece la patria y nos mantiene en marcha con respeto mutuo, nos mantiene en movimiento, mirando una tierra para todos, no solo para algunos. Es un laboratorio que anticipa lo que la comunidad debería ser en el futuro. Y aquí es donde la experiencia religiosa juega un papel importante, en el que todo lo que es auténticamente humano entra. La Iglesia está comprometida, a raíz del Concilio Vaticano II, a promover el valor universal de la fraternidad que se basa en la libertad, en la búsqueda honesta de la verdad, en la promoción de la justicia y la solidaridad, espe-

uno de vosotros y para vuestro país. En el mismo edificio de vuestra escuela, se encuentra la monumental Iglesia de San Ignacio, en cuyo interior se encuentran los restos de San Luis Gonzaga, cuyo Año de Jubileo está en marcha por el 450º aniversario de su nacimiento. Asistió como estudiante a los mismos entornos a los que asistís hoy. San Luis es el santo patrón de la juventud; por esta razón, me gusta recordar algunos temas que he extraído de la historia de este gran santo y que me parecen muy actuales. En primer lugar, quiero recordaros que Luis Gonzaga pudo tomar decisiones importantes para su vida, sin dejarse llevar por el carisma y el dios del dinero. ¡Hay una gran necesidad de jóvenes que sepan cómo actuar de esta manera, anteponiendo el bien común a los intereses personales! Para tener éxito en esto es necesario cuidar la propia interioridad, a través del estudio, la investigación, el diálogo educativo, la oración y la escucha de la conciencia. Os digo, aquí, jóvenes, estudiantes del instituto: ¿habéis aprendido a escuchar vuestra conciencia? ¿Sabéis lo que pasa dentro de vosotros? Habéis aprendido esta sana introspección, no esa enferma introspección de neuróticos, una sana introspección: ¿qué sucede dentro de mí, qué

## Educar en la inclusión y el respeto de las diversidades

A los docentes y alumnos de un instituto italiano el Papa pide combatir dependencias e intimidaciones

tantas otras partes: que el pacto educativo se ha roto. Veo que el pacto educativo entre educadores, familias, vosotros, voluntarios está unido y esto hace que se crezca lo suficiente. A lo largo de su historia ha tenido entre sus estudiantes —como ha dicho la señora directora— a Eugenio Pacelli, el futuro Papa Pío XII, y a Franco Modigliani, el futuro Premio Nobel de Economía. La historia educativa del famoso Colegio Romano continúa en vuestro instituto escolar, ubicado en el edificio encargado por San Ignacio de Loyola e inaugurado por el Papa Gregorio XIII en 1583. Importantes figuras que han contribuido al progreso de la ciencia y el crecimiento de la sociedad, favoreciendo un diálogo constructivo entre fe y razón han surgido de ese Colegio. Los valores del Evangelio, que han animado la cultura de generaciones y generaciones de italianos, aún pueden iluminar las conciencias, a las familias y las comunidades, de modo que en todos los campos se opera respetando los valores morales y el bien del hombre.

En esas aulas, que son vuestras hoy, grandes científicos como los padres Clavius, Kircher y Secchi han enseñado, y muchos jóvenes que han marcado la historia de la Iglesia moderna se han preparado para partir para las misiones. Pienso en particular en el padre Matteo Ricci, uno de los primeros en establecer un puente de amistad entre China y Occidente, implementando un modelo todavía válido de inculturación del mensaje cristiano en el mundo chino. A vosotros os espera la tarea de tomar el testigo y continuar, en las cambiantes condiciones históricas y sociales, esta pasión por el conocimiento y la cultura que caracterizó a quienes lo precedieron. He dicho pasión. Desafortunadamente muchas veces, frente a la cultura, frente a la ciencia se encuentra indiferencia. No: pa-

cialmente hacia las personas más débiles. Cuando no hay libertad no hay educación, no hay futuro. Cuando no hay una búsqueda honesta de la verdad sino que hay una verdad impuesta, que te quita la capacidad de buscar la verdad, no hay futuro: te cancela como persona. Y cuando no hay promoción de la justicia, ciertamente se acaba siendo un país egoísta y pusilánime que solo funciona para unos pocos. Sin la atención y la búsqueda de estos valores no puede haber una verdadera coexistencia pacífica. Cuando hay injusticia, odio, la confrontación comienza y termina... todos sabemos cómo termina. Con satisfacción, las palabras de la directora me confirmaron que vuestra escuela, junto con la cultura clásica, promueve estos valores de varias formas. ¡Seguid adelante con valentía en este camino! No es fácil, pero es el único camino capaz de fructificar, de dar grandes frutos para cada

ocurre dentro de mí? Es más que una ciencia, es una sabiduría, no convertirse en una veleta que se mueve en el viento de un lado a otro. Pensad bien sobre esto. Y también sería bueno que entre vosotros, como grupo, con los dirigentes del instituto, vosotros reflexionarais sobre qué es la conciencia, qué sucede en la conciencia, ¿cómo puedo encontrar lo que me sucede, cómo crecen buenas y no tan buenas actitudes en la conciencia... Haced esta experiencia: será muy útil. Y esto presupone la capacidad de forjar espacios de silencio. No tenga miedo del silencio, de estar solos; no siempre, no, porque esto no es bueno, sino de tomarse un tiempo a solas, creando espacios para el silencio. No tengáis miedo del silencio, para escribir vuestro propio diario, por ejemplo, en silencio. No tengáis miedo de los inconvenientes y la aridez que puede traer el silencio. «Ah, yo no, el silencio es aburrido» Al principio,

puede ser, pero luego, cuando entras en ti mismo, en silencio, ya no aburre. ¡Liberaos de la adicción a los teléfonos móviles, por favor! Seguramente habéis oído hablar del drama de la adicción. «Claro, sí, padre». Adicciones al ruido: si no hay ruido no me siento bien ...; y muchas otras dependencias. Pero esta es muy sutil, muy sutil. El teléfono móvil es una gran ayuda, es un gran progreso; debe ser usado, es bueno que todos sepan cómo usarlo. Pero cuando te conviertes en un esclavo del teléfono, pierdes tu libertad. El teléfono móvil es para la comunicación, para la comunicación: es muy bueno comunicarse entre nosotros. Pero tened cuidado, que existe el peligro de que, cuando el teléfono móvil se convierte en una droga, la comunicación se reduce a simples «contactos». ¡Pero la vida no es «contactar», es comunicarse! Recordemos lo que





El Papa Francisco vivió el 12 de abril, el «Viernes de la misericordia» en una doble periferia: geográfica —dirigiéndose a la Bufalotta, en la zona norte de Roma— pero sobre todo existencial, encontrando a personas afectadas por el Alzheimer. Y así, a primera hora de la tarde, continuando con la costumbre pastoral iniciada con el Jubileo de la misericordia, Francisco se dirigió de visita al *Villaggio* (urbanización, en español) Emanuele. Lo acompañó el arzobispo Rino Fisichella, presidente Pontificio consejo para la promoción de la nueva evangelización.

Situado dentro del parque de las Sabinas, el *Villaggio* permite a las personas enfermas de Alzheimer vivir en condiciones de normalidad, reproduciendo los pequeños aspectos de la vida cotidiana, necesarios para quien vive esta difícil patología para crear y mantener un puente de comunicación con el exterior, promoviendo la socialización y la inclusión. El *Villaggio* está realmente organizado como un pueblo y sus habitantes pueden vivir en condiciones normales, prosiguiendo muchos aspectos de su vida diaria, necesarios para aquellos que viven esta patología difícil, creando y manteniendo así un puente de comunicación con el exterior. El pueblo, —que lleva el nombre de su fundador, el profesor Emanuele F.M. Emanuele, presidente honorario de la Fundación Roma, un innovador en la atención domiciliar de las personas con Alzheimer— es único en Italia y obedece a la constatación de que esa enfermedad, también debido al aumento de la expectativa de vida, se ha convertido en una prioridad social y necesaria, por lo tanto, un modelo de asistencia que garantice una vida lo más normal y respetuosa posible.

A su llegada, el Papa fue acogido con sorpresa por los residentes y por el personal. En un clima de familia, los fundadores del Centro, Emmanuele F.M. Emanuele y Franco Parasassi acompañaron al Papa por las diversas áreas. Y así, los huéspedes, que reposaban en sus habitaciones recibieron la inesperada visita del Pontífice que se detuvo con cada uno para una palabra de con-



El Papa visita a enfermos Alzheimer en el Villaggio Emanuele

## Doble periferia

suelo. Antes de dejar el pueblo para regresar al Vaticano, el Papa donó un pergamino con un pensamiento escrito a mano y una tela que representa la Natividad.

Con esta visita, Francisco quiso dirigir su atención a las condiciones de exclusión y de soledad que una enfermedad como el Alzheimer puede generar en las personas abandonadas por la sociedad, lo que crea en los familiares una fuerte desorientación, malestar y sufrimiento. El aumento progresivo de las expectativas de vida reclama también una mayor conciencia y respeto de las necesidades y de la dignidad de quien vive sobre sí esta enfermedad y de quien se encuentra junto al enfermo.

El *Villaggio* Emanuele está formado por 14 casas, cada una de las cuales tiene capacidad para seis personas. También hay un pequeño supermercado, un bar, un restaurante y un salón de belleza. Los residentes pueden comprar en el supermercado, ayudar en la cocina, ocuparse de las tareas cotidianas conservando así el sentido de la realidad y su identidad propia. Cada apartamiento está amueblado de la forma más parecida al domicilio en que vivía el residente y no hay una «jornada típica», ya que cada persona puede decidir cómo quiere pasar su día. En la estructura hay médicos, psicólogos, fisioterapeutas y diverso personal sanitario y la asistencia es completamente gratuita.

### VIENE DE LA PÁGINA 9

escribió San Agustín: «in homine habitat veritas interior» (*De vera rel.*, 39, 72). En el interior del hombre vive la verdad. Tenemos que buscarla. Se aplica a todos, para aquellos que creen y para aquellos que no creen. Tenemos toda la vida interior. Solo en el silencio interior se puede captar y distinguir la voz de la conciencia de las voces del egoísmo y el hedonismo, que son voces diferentes.

De San Luis es conocida la capacidad de amar con un corazón puro y libre. Solo aquellos que aman llegan a conocer a Dios. En la vida afectiva, dos dimensiones son esenciales: la modestia y la fidelidad. El amor con modestia, no descaradamente. Y permanecer fieles en el amor. El amor no es un juego: el amor es lo más hermoso que Dios nos ha dado, la capacidad de amar. «Dios es amor», dice la Biblia, y Dios nos dio esta habilidad. No la ensuciéis con la falta de modestia e infidelidad. Amar de manera limpia, pero a lo grande. Amar con un corazón agrandado todos los días: esa sabiduría para ensanchar el corazón, no hacerlo pequeño, duro como la piedra. Ensancharlo.

Y Dios dijo a su pueblo, como una gran promesa, que le quitaría su corazón de piedra y le daría un corazón de carne. Agrandar el corazón de carne: esto es amar. Con fidelidad y modestia. El sentido de mo-

## Educación en la inclusión y el respeto de las diversidades

destia se refiere a una conciencia vigilante que defiende la dignidad de la persona y el amor auténtico, precisamente para no trivializar el lenguaje corporal. La fidelidad, junto con el respeto por el otro, es una dimensión esencial de toda relación de amor verdadera, ya que no se puede jugar con los sentimientos. Pero amar no es solo una expresión del vínculo afectivo de una pareja o una amistad fuerte, hermosa y fraterna. Una forma concreta de amor también está dada por el compromiso de solidaridad con los demás, especialmente con los más pobres. El amor al prójimo se alimenta de la imaginación y siempre va más allá: las cosas se inventan para ayudar, para avanzar... La fantasía del amor. No tengáis miedo de esto. El amor va más allá de las paredes, más allá de las diferencias, más allá de los obstáculos. También en esto San Luis es un modelo, porque murió consumiéndose al servicio de los pacientes de la peste, es decir, de personas que estaban al margen de la sociedad y rechazadas por todos. El amor lo llevó más allá, más allá... La fantasía del amor. No olvidéis esta palabra: la fantasía del amor. El amor es creativo y siempre va hacia adelante.

Me alegra que hoy aquí estén también los amigos que, como comunidad escolar, acogéis y os ponéis a su servicio en el comedor popular el sábado. El compromiso de muchos de vosotros con el voluntariado es un signo de esperanza. El voluntariado es una de las cosas más bellas y fuertes que tiene Italia: mantenédlo bien. Crecer en el voluntariado. No os dejéis vencer en generosidad: el voluntario siempre va más allá, en generosidad, ¡no se deja ganar! Las mismas relaciones de vida familiar, social y de pareja se enriquecen cuando está presente la dimensión del servicio gratuito. En este sentido, me gustaría citar al arzobispo Tonino Bello, un hombre de iglesia ejemplar y testigo de la caridad. Le encantaba repetir: «El que no vive para servir, no sirve para vivir».

Queridos jóvenes estudiantes, no dejéis de soñar en grande, esto es algo hermoso de los jóvenes: soñar en grande, y desear un mundo mejor para todos. No os conforméis con la mediocridad en las relaciones entre vosotros, en el cuidado de la interioridad, en la planificación de vuestro futuro, en vuestro compromiso con un mundo más justo y hermoso. Mañana, Domingo de Ramos, co-

mienza la Semana Santa que culminará en la Pascua, cuando celebraremos la resurrección de Cristo, el fundamento de la esperanza cristiana. Os ofrezco a cada uno los mejores deseos para las vacaciones de Semana Santa. La Pascua es el tiempo de renovación de las promesas del Bautismo, también es un tiempo de renovación del alma: ¡es tiempo de florecer! Os invito a hacerlo con convicción y confianza en el amor del Señor. Es Él quien os da y siempre os dará fuerza y coraje en las dificultades que encontréis en vuestro camino. Y luego me gustaría agregar algo que me vino a la mente mientras escuchaba a vuestra directora. Que en vuestro instituto, no haya guerras ni agresiones. Me produce mucho dolor ver que en una escuela hay intimidación. Luchad contra esta agresión que es verdaderamente una semilla de guerra, luchad. Que haya paz, sin agresión hacia nadie, sin *bullying*. ¡Nada de *bullying* en vuestra institución!

Os agradezco esta reunión. Os bendigo a los aquí presentes, bendigo a vuestros amigos y seres queridos. Y os pido que por favor recéis por mí. ¡Gracias y feliz Pascua!

Y ahora os doy la bendición a todos vosotros, a todos vuestros amigos, a todas las personas que estudian, que trabajan en el instituto en diferentes niveles, a las familias.

# Formación permanente sacerdotal en Tierra Santa

LUIS RAMÍREZ, L.C.\*

El empeño pleno en la misión no marca el culmen de una vocación sacerdotal, sino el inicio de su expansión. Precisamente la *Ratio Fundamentalis Institutionis Sacerdotalis* señala que la formación de un joven en el seminario, la formación inicial, culmina con la ordenación, pero está orientada a una «formación permanente».

En la formación inicial, los estudios filosóficos y teológicos toman cierto protagonismo, aunque evidentemente la vida en el seminario no se reduce a la formación académica. En cambio, en la formación permanente, juega un rol muy importante la escucha de la voz de Dios para hacer su voluntad, pues el ministro está al servicio de Dios y de los hombres (cf. *Pastores Dabo Vobis* n. 14).

En este sentido, la *Ratio fundamentalis institutionis sacerdotalis* en el número 56 indica que la formación permanente requiere «una continua conversión del corazón, la capacidad de leer la vida y los acontecimientos a la luz de la fe y, sobre todo, la caridad pastoral, para la entrega total de sí a la Iglesia según el designio de Dios».

El Concilio de Trento enfatizó e impulsó la formación inicial con la creación de los seminarios. En la sesión 24, capítulo 18, exigió que los sacerdotes candidatos a tomar la cura de almas, fueran examinados por sus obispos juntamente con otros tres sinodales sobre la práctica pastoral parroquial. Aunque el objetivo era superar un examen teórico de cuestiones prácticas, en modo indirecto, el Concilio de Trento fomentó la creación de las conferencias eclesiales (encuentros de estudio en grupo). Fruto de estos encuentros fueron las cofradías y congregaciones de sacerdotes seculares, donde además de estudiar, los sa-



cerdotes también se apoyaban mutuamente a nivel material, en el fervor, en la oración en comunidad presbiteral, en el cuidado de enfermos, etc. Entre las primeras, sobresalió la Congregación de la Anunciata fundada en el Colegio Romano (Cf. *Archivum Historicum Societatis Iesu*, vol. XXVII Romae 1959, 1993-204).

Por lo tanto, concebir la formación permanente sacerdotal a través de vínculos de comunión no es una novedad de las últimas décadas de la Iglesia. El apoyarse mutuamente en el camino de conversión, en la búsqueda de la voluntad de Dios y en el crecimiento de la caridad pastoral ha sido ya desde varios siglos un interés particular para la Iglesia.

La *RFIS* explica en su nota introductiva que la formación permanente de por sí no tiene etapas como lo tiene la formación inicial. Es posible identificar durante el ministerio momentos importantes como el inicio o el fin del ejercicio de un oficio eclesial, o situaciones particulares según el tipo de empeño ministerial. Sin embargo, lo importante es que la experiencia única discipular que comenzó en la formación inicial no quede sofocada por el activismo. Antes bien, debe llevar al sacerdote a un conocimiento profundo de Cristo de tal modo que nunca deje de configurarse con Cristo Sacerdote.

De este modo el curso de renovación sacerdotal en Jerusalén, organizado por el *Instituto Sacerdos* del Ateneo Pontificio Regina Apostolorum, es una propuesta para impulsar la formación permanente sacerdotal. En este curso, conviven sacerdotes de diversas partes del mundo en un ambiente de serenidad durante 20 días (edición invierno y edición verano).

El curso prevé que durante esos días se constituya una comunidad presbiteral enriquecida por las experiencias de las varias nacionalidades (el curso se divide por grupos lingüísticos en inglés y español). El programa contempla visitar los diversos lugares según la vida histórica de Cristo: iniciando por Belén, se visitan luego varias zonas en torno al lago de Galilea (vida pública de Cristo) y concluye en Jerusalén donde Cristo se ofreció como sacerdote y víctima. Las diversas etapas del curso van precedidas por un retiro espiritual para encuadrar la vida terrena de Cristo con la zona que se está por peregrinar.

Hacer comunión con otros presbíteros que también buscan conocer a Cristo tras sus huellas en Tierra Santa, es el ambiente más propicio para vivir «la fraternidad sacramental», punto clave de la formación permanente (cf. *RFIS* n. 87).

\* *Instituto Sacerdos, Ateneo Pontificio Regina Apostolorum, Roma*



El Papa habla de la oración en los momentos de prueba

## Dios en Pascua anula las distancias

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

En estas semanas estamos reflexionando sobre la oración del Padre Nuestro. Ahora, en la víspera del Triduo pascual, detengámonos en algunas palabras con las que Jesús, durante la Pasión, rezó al Padre.

La primera invocación tiene lugar después de la Última Cena, cuando el Señor «alzando los ojos al cielo, dijo: «Padre, ha llegado la hora: glorifica a tu Hijo, para que tu Hijo te glorifique a ti —y después— glorifícame tú, junto a ti, con la gloria que tenía a tu lado, antes de que el mundo fuese»» (Juan 17, 1.5). Jesús pide gloria, una petición que parece paradójica mientras la Pasión está a las puertas. ¿Qué gloria es? La gloria en la Biblia indica la revelación de Dios, es el signo distintivo de su presencia salvadora entre los hombres. Ahora, Jesús es el que muestra la presencia y la salvación de Dios de manera definitiva, y lo hace en la Pascua: resucitado en la cruz, es glorificado (cf. Juan 12, 23-33). Allí, Dios finalmente revela su gloria: quita el último velo y nos sorprende como nunca antes. De hecho, descubrimos que la gloria de Dios es todo amor: amor puro, loco e impensable, más allá de todos los límites y medidas.

Hermanos y hermanas, hagamos nuestra la oración de Jesús: pidamos al Padre que quite las vendas nuestros ojos, para que en estos días, mirando el Crucifijo, podamos aceptar que Dios es amor. ¿Cuántas veces lo imaginamos como un amo y no como un padre, cuántas veces lo consideramos un juez severo en lugar de un Salvador misericordioso? Pero Dios en la Pascua anula las distancias, mostrándose en la humildad de un amor que pide nuestro amor. Por lo tanto, le damos gloria cuando vivimos todo lo que hacemos con amor, cuando hacemos todo con el corazón, como para Él (cf. Colosenses 3, 17). La verdadera gloria es la gloria del amor, porque es la única que da vida al mundo. Por supuesto, esta gloria es lo opuesto a la gloria

mundana, que se produce cuando uno es admirado, alabado, aclamado: cuando estoy en el centro de atención. La gloria de Dios, por otro lado, es paradójica: no hay aplausos ni audiencia. En el centro no está el ego, sino el otro: en la Pascua vemos, de hecho, que el Padre glorifica al Hijo, mientras que el Hijo glorifica al Padre. Nadie se glorifica a sí mismo. Podemos preguntarnos hoy: «¿Cuál es la gloria por la que vivo? ¿La mía o la de Dios? ¿Solo quiero recibir de los demás o también dar a los demás?»

Después de la última cena, Jesús entra al jardín de Getsemaní; Aquí también reza al Padre. Mientras los discípulos no pueden mantenerse despiertos y Judas llega con los sol-

dados, Jesús comienza a sentir «miedo y angustia». Experimenta toda la angustia por lo que le espera: traición, desprecio, sufrimiento, fracaso. Está «triste» y allí, en el abismo, en esa desolación, dirige al Padre la palabra más tierna y dulce: «Abba», es decir, padre (cf. Marcos 14, 33-36). En la prueba, Jesús nos enseña a abrazar al Padre, porque en la oración a Él está la fuerza para continuar con el dolor. En la fatiga, la oración es alivio, confianza, consuelo. En el abandono de todos, en la desolación interior, Jesús no está solo, está con el Padre. En cambio, en nuestro Getsemaní a menudo elegimos permanecer solos en lugar de decir «Padre» y confiarnos a Él, como Jesús, para confiarnos a su vo-

*«Dios en la Pascua anula las distancias, mostrándose en la humildad de un amor que pide nuestro amor»: el Papa subrayó esto en la audiencia general el miércoles 17 de abril por la mañana. En el corazón de la Semana Santa, en la víspera del Triduo pascual, el Pontífice ofreció a los fieles presentes en la Plaza de San Pedro una reflexión sobre las palabras con las que Jesús rezó durante la Pasión.*

luntad, que es nuestro verdadero bien. Pero cuando nos acercamos a nosotros mismos en la prueba, cavamos un túnel en el interior, un camino introvertido doloroso que tiene una sola dirección: cada vez más profundamente en nosotros mismos. El mayor problema no es el dolor, sino cómo se trata. La soledad no ofrece una vía de salida; La oración, sí, porque es relación, es confianza. Jesús lo confía todo y se entrega al Padre, llevándole lo que siente, apoyándose en él en la lucha. Cuando entremos en nuestro Getsemaní —cada uno de nosotros tiene nuestro propio Getsemaní o lo ha tenido o lo tendrá— recordemos esto: cuando entremos en nuestro Getsemaní, recordemos orar así: «Padre»

Finalmente, Jesús dirige una tercera oración por nosotros al Padre: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen» (Lucas 23, 34). Jesús reza por los que han sido malvados con él, por sus asesinos. El Evangelio especifica que esta oración ocurre en el momento de la crucifixión. Probablemente fue el momento del dolor más agudo cuando le clavaron los clavos en las muñecas y en los pies. Aquí, en la cumbre del dolor, el amor alcanza su clímax: llega el perdón, es decir, el don elevado a la enésima potencia, que rompe el círculo del mal. Queridos hermanos y hermanas, rezando en estos días el Padre Nuestro, podemos pedir una de estas gracias: vivir nuestros días para la gloria de Dios, que es vivir con amor; saber cómo confiarnos al Padre en las pruebas y decir «papá» al Padre y encontrar el perdón y el coraje de perdonar en el encuentro con el Padre. Ambas cosas van juntas. El Padre nos perdona, pero también nos da la valentía de perdonar.

*«Que el trabajo de reconstrucción» de la catedral parisina de Notre-Dame devastada por un incendio «pueda ser una obra coral, para la alabanza y la gloria de Dios»: lo auspició el Papa saludando a los fieles de lengua francesa al término de la audiencia general.*

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española venidos de España y de Latinoamérica. Pidamos al Señor que la celebración de la Pascua no sea sólo un momento más en nuestra vida, sino que nos impulse a vivir cada día para la gloria de Dios, confiando al Padre las pruebas que nos afligen y encontrando en Él el abrazo misericordioso que nos anima a perdonar a los demás. Que el Señor los bendiga.

### El gesto de los siervos de Dios

VIENE DE LA PÁGINA 5

del Sur que aceptaron la invitación del Obispo de Roma para participar de este retiro, cuyo título es «Siervo de los siervos de Dios». Arrodillado con dificultad para besar sus pies, el Papa se inclinó ante aquello que Dios había suscitado durante esta reunión de oración. Gestos similares, imagen de evangelio de servicio, no son nuevos en la historia reciente del papado.

El 14 de diciembre de 1975, San Pablo VI, en la Capilla Sixtina, celebrando el décimo aniversario de la cancelación de las excomuniones mutuas entre las Iglesias de Roma y Constantinopla, bajó del altar al final de la Misa vistiendo nuevamente los ornamentos sagrados y se inclinó a los pies del Metropolitano de Calcedonia, representante del Patriarca Demetrio. Un gesto que recordaba, además del lavado de los pies realizado por Jesús, también los acontecimientos del Concilio de Florencia, cuando en 1439 los patriarcas ortodoxos se negaron a besar los pies del Papa Eugenio IV.

En relación con los otros hermanos cristianos, como en el caso de los que se dejan tocar el corazón y aceptan gestos de reconciliación y de paz, los Papas «Siervos de los siervos de Dios» no tienen miedo de humillarse para imitar a su Maestro.